



AL cumplirse cincuenta años de la instalación del Colegio Máximo de San Miguel, la Universidad del Salvador expresa su agradecimiento a la Compañía de Jesús y en especial al Colegio Máximo, por cuanto nació como una obra de su espíritu apostólico y científico. Como integrante de nuestra comunidad nacional, también debe testimoniar que la función del Colegio Máximo resultó un hecho trascendente para la espiritualización y el esclarecimiento de la educación y de la cultura de los argentinos.

Rendimos nuestro homenaje a la Provincia Argentina de la Compañía de Jesús, en particular al Colegio Máximo y al del Salvador. Porque nuestra Universidad fue iniciada, como Instituto Superior de Filosofía, por los profesores de San Miguel en la sede del Colegio del Salvador, y se mantuvo por el permanente esfuerzo de la Compañía de Jesús.

Con la fundación de la Universidad del Salvador se cumplió una preocupación permanente de los Padres Jesuitas: la formación académica cristiana en el nivel superior para permitir a los hombres satisfacer, sin conflicto, las exigencias que les planteen el corazón y la razón, y experimentar, con alegría confiada, la coherencia de la fe con las más intrépidas aspiraciones de la vocación cultural.

Nuestra Universidad se considera una hija fiel de la Compañía de Jesús. Siente el compromiso de mantener vivo el espíritu y la tradición educativa con que durante más de cuatro siglos la Orden ha trabajado en la Iglesia y entre los hombres.

Es natural la emoción que nos suscita el primer medio siglo del Colegio Máximo. Este hecho feliz también nos pertenece, porque las Facultades de Filosofía y Teología de San Miguel ahora forman parte de esta Universidad y sostienen nuestra responsabilidad en el campo humanístico superior.

Quiera Dios que este número de "Signos" logre expresar, con transparente elocuencia, nuestra promesa de fidelidad a quienes nos permitieron nacer y vivir aún.



Rectora



San Ignacio de Loyola. Fundador de la Compañía de Jesús. Visión de la Storta.

MIRAR LA HISTORIA*

Cuando los jesuitas volvemos nuestra mirada a la trayectoria recorrida, sabemos de sobra que el fuego de la mayor gloria de Dios que consumió a Ignacio de Loyola —“ignis” en su nombrarse mismo— transita por nosotros quemando toda vana complacencia y lanzándonos a una hoguera que está en nosotros, que nos concentra y nos expande, nos agiganta y nos empequeñece.

Nuestra historia misma nos impide encararla con un cientificismo ahogado en la curiosidad de lo que pasó o deseoso de imponer una ideología cerrada a ese pasado que

se nos acerca abierto, fluyente y misionador.

Mirar nuestra historia es, sin duda, por la fragmentariedad misma de nuestro entender, recorrer parcelas pero avizorando pampas, mirar fragmentos pero contemplando formas.

El acercarse a nuestra historia tiene un primer cometido: **recuperar nuestra memoria**. Esa memoria que en Ignacio es recordar “los beneficios recibidos de creación, redención y dones particulares, ponderando con mucho afecto cuánto ha hecho Dios nuestro Señor por mí” (Ejercicios, n. 234). La recomendación de San Ignacio trasciende el mero consejo piadoso y apunta a la **densidad de una concepción**.

Esta concepción ignaciana es la posibilidad de concertar contrarios, de invitar a la mesa común conceptos que aparentemente no podían avenirse, porque los remite a un plano superior donde encuentran su

síntesis. Y la memoria histórica aproxima el pasado al presente, puede actualizar lo que podría aparecer como muerto, es capaz de encontrar constantes allí donde parecía reinar nada más que la variabilidad, canoniza como profético lo que en su momento —a la percepción de los hombres comunes— apenas si aparecía con estatura de ocurrencia. La memoria histórica, en los tembladerales de la crisis sabe descubrir los parámetros clásicos que le dan al hombre las salidas inspiradoras.

En el fondo es una **concepción de unidad** la que se pone en juego en San Ignacio al mencionar la memoria. El poder sintetizar en una unidad la diversidad de los tiempos. Así fue en nuestra tierra: llegaron los jesuitas con toda una historia de dieciseis siglos de Iglesia, con una posición muy clara frente a la problemática religiosa que se debatía en la Europa de ese tiempo, e hicieron

* Para presentar este número de la Revista dedicado a conmemorar el cincuentenario del Colegio Máximo, nos ha parecido la mejor expresión transcribir lo que el entonces P. Provincial de la Compañía de Jesús, Jorge Mario Bergoglio, S. J., expresara en julio de 1976, a propósito de la trayectoria de la Compañía en nuestro país.

síntesis con los tiempos de nuestros nativos, y esa síntesis fue historia.

La historia que harían los jesuitas estaría sellada por una unidad plasmadora de síntesis conflictivas. Unir reduciendo es relativamente fácil aunque no muy duradero. Lo difícil es elaborar la unidad que no anula lo diverso, que no reduce el conflicto; y con esta unidad la Compañía marcó su tarea evangelizadora. Optó por el indio, por el proyecto viable de justicia, pero no descuidó la educación de los españoles y criollos de las ciudades. Trajo a estas tierras la predilección española por el arte barroco, pero logró con los americanos —que al decir de Carpentier eran ya barrocos aún en su geografía— un arte que, reconociendo su origen español, se identifica también en su originalidad americana.

Concedora de la ilustración que por aquel tiempo gestaba la pseudo-unidad europea poniendo el principio de unidad en una razón cegada a la trascendencia, la Compañía entrega el Evangelio sin racionalismos ni ingenuidades sino con una fuerte apoyatura intelectual armonizada con la fidelidad a la Revelación y al Magisterio de la Iglesia. Ni se embarca tampoco en un misticismo subjetivo, pero sabe alimentar al pueblo con una devoción sencilla y nada carente de elementos afectivos. Tampoco temió, en la conducción de las conciencias recibir el mote de laxa y casuística y pudo sintetizar la tradicional moral del cuerpo de la Iglesia con la coyuntura de las existencias concretas. Fidelidad a un carisma de discernimiento que nunca pudo comprender la rigidez jansenista.

Memoria del pasado y arrojo para abrir nuevos espacios a Dios se unen sólidamente en la Compañía con una conciencia de que no se pueden levantar las cúpulas si éstas no van afirmadas en sólidos cimientos. En otros términos diríamos que la conciencia de resumir todo en Cristo, que es la universalidad de la Iglesia, no puede darse sin un proyecto de trascendencia que reconozca, paradójicamente, la topografía de las inmanencias diversas convocadas a ser resumidas y trascendidas.

No todo será luz en esta trayectoria de la Compañía, no todo será gracia. También los jesuitas son y

han sido **pecadores**, y también la Compañía como cuerpo ha sido pecadora. No han faltado tergiversaciones pecaminosas en su misión y, por momentos, la fidelidad al pasado ha sido mezquino esclerotizamiento; y su lanzarse al futuro no siempre ha estado exento de indiscreto vanguardismo. Y su zigzagueante búsqueda de realismo no ha estado a veces carente de un oportunismo acomodaticio. Pero la marcha histórica se define por los hechos irreversibles que la configuran, y la Compañía queda en su marcha configurada por los gestos de sus santos, que tampoco han faltado en esta tierra americana.

No sería el cometido de esta introducción elaborar una minuciosa historia de la Compañía en nuestras tierras, ni tampoco —recorridos algunos de sus efectos más significativos— instaurar el sistema de causas que lo originan. Prefiero más bien descubrir aquellos **símbolos** en los que la Compañía ha expresado su misión, su visión de la realidad, sus posibilidades de ejecución. Símbolos que plasmaron sus hombres; símbolo de lo arduo y la fidelidad hasta el fin como el Beato Roque; símbolo de la paciencia fundante de un pueblo como Florian Paucke; símbolo de actitud científica y valoradora de la novedad americana en Sánchez Labrador y Dobrizhoffer; símbolo de pensamiento filósofo original en Domingo Muriel; símbolo de fecunda continuidad, aún extinguida la Compañía, en los indios que lloraban su ausencia, en las ideas que fundaron revoluciones patrias, y hasta en la valentía de esa mujer que siguió predicando los Ejercicios y que nuestro pueblo conoce como Madre Antula.

Símbolo de silencio y espera en las palabras que el entonces provincial dijo a sus súbditos al comunicar la orden de expulsión de Carlos III: **"Confío que no está seco este ramo, que aún vive en él el espíritu de San Ignacio, y que sepultado al presente con lo impetuoso del tiempo, ha de brotar en su primavera más florido y más fecundo que nunca... No sabemos lo que nos está para suceder; Dios lo sabe y esto basta; lo que a nosotros toca y nos importa es conservar el espíritu de nuestra vida aún en la muerte, aún cuando los huesos de nuestro cuerpo estén**

destroncados y esparcidos por las encrucijadas y campo... Dios se hará oír y con la virtud de su palabra resucitará con nuevo espíritu la Compañía de Jesús... Se trata de destruirla, y puede ser que Dios se valga de este medio para reedificarla. Yo lo concibo así... conservad su espíritu, con la esperanza de verla resucitada".

Y realmente la espera fue fecunda, y refloreó en nuevos jesuitas esta **gracia fundante** de pueblos, de familia y de hombres. José Anweiler y Enrique Niemann reeditarían las hazañas de Paucke con los suizos que llegaban a Santa Fe; nuestros misioneros de indios se reencontraban en la imagen del Padre Matías Crespí; los científicos se reeditarían en un Bridarelli y un Bussolini; aquella pasión por la cultura tendrá sus herederos en Guillermo Furlong y Enrique Pita; la preocupación por la injusticia y sus soluciones tendrá —entre otros— como protagonistas a los Padres Palau, Raggi y Saravia. Aquella comprensión y paciencia pastoral aparecerá en confesores como el Padre Nilo Arriaga y Cecilio Pla y muchos otros que aún viven entre nosotros. Y llegando el momento, estos hombres se pierden de tal modo en las instituciones que no podría concebirse al Hermano Figueroa o al Padre Castillejo sino desgastándose en el esfuerzo cotidiano y hasta rutinario de un Colegio. Hombres que supieron, a la vez, presentir la necesidad de los tiempos futuros y preparar a otros jesuitas para esas luchas poniendo los cimientos humildes pero sólidamente, tal como un Padre Mauricio Jiménez, en la tarea constante y hasta de filigrana de un noviciado.

Estos hombres son símbolo en la medida que se abrevaron de una gracia de cuerpo y se vivieron como miembros de un cuerpo que los hizo posibles en la silenciosa y constante tarea de muchos otros jesuitas a quienes les fue otorgada la gracia de ser simplemente **soldados**. Y ser soldado, eso es ser jesuita, porque el símbolo de la cruz convoca a los jesuitas como bandera de combate.

Estos hombres son realmente símbolo de nuestra historia, abrieron el surco. Pero también es símbolo de nuestra historia de jesuitas **nues-**

tro pueblo, porción de Iglesia situada en esta geografía concreta que llamamos Argentina y que recogió la semilla.

Si es verdad que nos reconocemos en nuestros símbolos nuestro pueblo es una fecunda cantera para tal reconocimiento. **Nuestro pueblo fiel** a la enseñanza: el que bautiza a sus hijos, que ama a María, que no se avergüenza de la cruz y sabe ver en

ella el leño que se hace cayado de pastor y acompaña, y el árbol que da frutos de eternidad.

Pienso que la tarea del auténtico historiador no es demasiado distinta de la de aquel mercader del Evangelio que vendió todo porque sólo le interesaba el tesoro escondido. Y hay dos símbolos de la Compañía que son, para nosotros jesuitas argentinos, nuestro tesoro escondido:

el emblema del Nombre de Jesús y la devota imagen de la Virgen de los Milagros. El sudor milagroso de nuestra Señora es una invitación a mantener fresca la **memoria** del trabajo de los que nos precedieron, y es acicate para esperar el agua que viene de lo alto y que **aglutina** y da calidez materna a la búsqueda jesuita de **síntesis y unidad**.